

Hernán Jaramillo T.

Consideraciones sobre genios



AY un aforismo que asegura: "para producir un genio de primera categoría necesita la humanidad una gestación de tres siglos". Tan escasos en los campos de historia a nuestro discernimiento brillan resaltantes como los astros de privilegiada magnitud. De Sirio y Canopes no hay abundancia en el cielo; tampoco de Shakespeares o Beethovenes existen legiones en la tierra. Unos y otros exhiben su grandeza como pirámides gigantescas en un desierto plano y dilatado. Pero, a semejanza de las tres mayores faraónicas y de las estrellas que circundan al Orión, estos hombres de partos tan lentos y costosos, no muestran los destellos de su genio separados en el tiempo y la distancia; al parecer tienen cita y nacen en un siglo y aún hay entre ellos conexiones, rivalidades, como entre hijos de vecinos cualesquiera.

Pasemos una revista rápida de ellos. ¿Quién la inicia? Perdiendo en el alba de la historia, todavía en la noche de la leyenda, si en realidad existió alguna vez y sus cantos no son el producto del genio insuperable de un pueblo prodigioso, el gran Homero es un sol naciente cuyo esplendor será difícilmente superado. Es un ingenio solitario, astro diurno, dominador del cielo y de su hora. Pulsa la lira; sus acordes vibran armoniosos en los siglos venideros y la posteridad ni le olvida ni le empequeñece. Es el máximo cantor de

la epopeya; hace actuar a los dioses y a los hombres; tiene un pincel maestro para trazar los rasgos de éstos y de aquéllos. Revive y eterniza mil combates en sus versos. Sus héroes tienen las pasiones desbordantes de los semidioses u hombres primitivos. En uno de ellos se anuncia ya el hombre del futuro; el que antepondrá la inteligencia al puro esfuerzo bruto y muscular. Es Ulises, el eterno desconfiado de los otros y de sí mismo. Este héroe es el único que a su regreso del combate (y con sus argucias es el verdadero vencedor de Troya), pese a los obstáculos y peligros de que está su itinerario sembrado para perderle, logra rehuirlos y sustraerse al maleficio de todos y tiene la fortuna de arribar a Itaca, deshacerse de los pretendientes de su esposa, evitando así el negro destino de la casi totalidad de sus compañeros. En Ulises está en embrión el hombre de la edad moderna; hay algo en él de Mephisto y de maquiavélico y pudiera ser el germen confuso y prematuro de un superhombre.

El vientre de la tierra permanece infecundo cuatro o cinco siglos, mas abre de pronto su matriz y da a luz una lechigada numerosa, óptima, capaz de iluminar con su esplendor y sabiduría a lo que resta de la edad antigua, a la media y la moderna. Confucio nace en China y Sócrates en Grecia. Es la filosofía, que una vez por todas sienta sus reales en el mundo y va a prodigarse en beneficiosa lluvia sobre el corazón y el pensamiento de los hombres. De Confucio tenemos sus libros; no tiene él una sombra que oscurezca su brillo ni un sol de tan vivísimo fulgor que aminore o destruya el suyo propio como los tiene Sócrates en su discípulo Platón. ¿Quién es Sócrates después de leer los diálogos platónicos? Un dios. Y ¿quién es Sócrates, leyendo a Jenofonte? Un hombre, un filósofo, un maestro de juventudes, pero sin los ribetes de genio y de poeta, cuya estampa maravillosa nos muestra el autor del *Parménides* y la *Apología*. Sin restarle las bondades del maestro, convengamos en la superioridad de su discípulo. Platón ha superado a Sócrates sin pretender otra cosa que enaltecerle ante la posteridad. Es lo opuesto a San Pablo que desvirtuó las máximas de Jesús, introduciendo en el cristianismo lo intolerante, lo pequeño y limitado con que esta doc-

trina, superpuesta y victoriosa sobre la de su maestro, ha llegado hasta nosotros.

Hagamos un ensamble de discípulo y maestro y formemos a Platón. Veamos como la cadena de educandos y educados continúa sin interrumpirse. Platón enseña a Aristóteles; Aristóteles a su vez enseña a otro genio de índole distinta: Alejandro Magno, genio de la guerra.

Platón y Aristóteles: he aquí dos pilares que se levantan en el mundo antiguo y tienen consistencia capaz de soportar más de veinte siglos a una humanidad que pesa sobre ellos, aferrada a sus clámides, pidiendo amor, verdad, belleza. De todo dan y siempre están inmovibles y repletos. Platón es el filósofo cuyo pensamiento, generándose en su cerebro, no aparece a la luz sin antes hurgar en las reconditeces del corazón y filtrarse en seguida para caer, cristalino como una gota de rocío, desde su espíritu sublime. Este manantial, claro y fresco, ha fructificado innumerables simientes. ¿No es fundamentalmente platónica la esencia del cristianismo?

Aristóteles es el pensador puro; encasilla el pensamiento, lo clasifica, levanta el edificio de lógica más invulnerable conocido y lo mantiene intacto dos mil años. Un Bacon o un Kant hacen en él sus rasguños; cae algo de su estuco, se desmorona algún ladrillo, pero están en su sitio los cimientos y ningún muro grueso se ha nivelado. Es el profesor más portentoso de los siglos y su cartilla más académica y monumental su *Lógica*.

Platón y Aristóteles vienen aún a dar su relampagueo en los padres de la iglesia. San Agustín se surte en el primero y Santo Tomás de Aquino en el segundo. San Agustín es sublime como su maestro, Santo Tomás terriblemente lógico como el suyo.

Y, he aquí un rayo de la guerra; una tea que enciende las mantanzas en el reino poderoso de los persas, que atraviesa desiertos, conquista inexpugnables fortalezas, que llega hasta la India, después de haber pasado por la Siria y el Egipto. La juventud triunfante en un paseo por todos los imperios del mundo de ese entonces, paseo en que doblega y destruye dinastías seculares, para terminarlo en

la fastuosa Babilonia, en la flor de su edad, en una muerte prematura. Alejandro Magno, modelo de capitanes, audaz, impulsivo, siempre victorioso. Leer su historia es leer una epopeya inverosímil, digna de la pluma de un Homero.

De esta lechigada forma también parte, y no es indigno de estar junto a los genios ya nombrados, Esquilo, el creador de la tragedia. Cerca de él, compitiéndole y vencéndole, está Sófocles; sin embargo, con su maestría para ajustar en escena los elementos primordiales, sin que nada falte ni sobre, en el desenvolvimiento de la acción, no tiene el vuelo gigantesco de Esquilo. Esquilo anuncia a los genios de la clase atormentada: Dante, Miguel Angel, Shakespeare, Beethoven, en oposición a la de los serenos y plácidos: Homero, Virgilio, Vinci, Goethe.

Toma un reposo de tres siglos el vientre soberano y sale a luz un genio, en su tiempo solitario, bien que rodeado de una legión de hombres de valía. El César está solo como Homero y como lo estará más tarde el Dante. En este hombre se auna el guerrero y el político y no está muy desambientado asimismo el escritor. Con él, si el imperio Romano no llega a su cúspide, deja al menos preparado el camino para una rápida ascensión.

Al César le sucede Virgilio. Virgilio no está solo; tiene a su lado a Horacio y también a Ovidio. El creador de la *Eneida*, siendo su poema una joya en maestría, tendrá siempre encima de él la sombra o el sol de Homero con su *Iliada*. La copia o la imitación tienen tal vez las cualidades y excelencias del modelo, pero el progenitor reclamará siempre para sí el mérito de la creación. Ovidio parece haber inspirado a Shakespeare y en Shakespeare bebió su leche sustentadora Goethe, pero Shakespeare, inspirándose en Ovidio, le ha superado y se desprende de él como el vigoroso aguilucho con vuelo propio, abandona en el nido a las águilas encianadas, y Goethe, teniendo a su costado un gigante de tal talla, puede estirarse hasta igualársela y hacer de modo que el maestro esté satisfecho del discípulo y el discípulo sea digno del maestro, sin que ni uno ni otro se sientan absorbidos o menoscabados en su prestigio ni se sientan

imitados. En cambio Virgilio tendrá siempre los ciegos ojos de Homero frente a los suyos y a la *Iliada* sobre la *Encida*, victoriosa. Puede Virgilio haber cantado las glorias de un César o un Aníbal y no las de un héroe secundario del poema homérico. Este que contó los prestigios de Aquiles en la *Iliada*, no quiso otro cantor para Ulises y compuso su *Odisea*. De los despojos de un Homero, aún cuando se sea un Virgilio, no hay medios de levantar un monumento cuya factura no muestre los indicios de materiales usados ya y con el sello de arquitecto tan ilustre.

Sin la estatura de coloso de Virgilio, Ovidio sobrevive más actual; influye hasta en un genio máximo como Shakespeare y no le asedia, aplastándole, la mole de un creador inmenso como Homero.

El vientre se hace flojo; parecen estériles las entrañas de la tierra. Su matriz debe tener la herrumbre de un caño por cuyo hueco no resbala una gota de agua en un transcurso de tiempo que sobrepasa al milenio. Apagáronse los esplendores de la edad antigua; el imperio romano ya no existe; la Edad Media está en la madurez que anuncia a sus frutos una podredumbre próxima y una caída inevitable. Después de esta noche tan larga, de este concebir tan prolongado, ¿qué aurora viene? ¿Cuál es la criatura, el engendro, que resarcirá a la tierra de tanta sombra y soledad? De este modo espectacular brilla, solitario y espléndido, el genio de Dante Alighieri. Le anteceden mil doscientos años de oscurantismo, de ruina y mediocridad. Con una de sus manos, la izquierda, lanza un haz de rayos hacia el pasado tenebroso y decadente; con la otra, la derecha, avanza en el porvenir y abre las puertas del Renacimiento. Nace a tiempo para captar la potencia espiritual y material de la iglesia y cantar sus terrores y castigos, sus glorias y sus premios más allá de la vida y de la muerte. Somete a prueba de fuego una lengua que no está aún suficientemente expurgada y firme, una lengua de cuño nuevo, vilana y popular, y con ella, ennobleciéndola, dándole visos y ritmos no sospechados en pariente tan pobre del

latín, arremete con una obra de esas cumbres que el genio humano puede concebir.

Dante domina el claroscuro literario como dominará más tarde Rembrandt el pictórico; sólo que el poeta pretende usar asimismo el pincel luminoso que usaría Rubens y, cuyo manejo, no demuestra en él el dominio del primero. La *Divina Comedia* tiene sus mayores aciertos al principio. Es el infierno, con sus círculos estrechándose a medida de como avanzan los poetas, Dante y Virgilio, el punto culminante y esplendente del poema; después la trabazón se afloja, el interés decae; ya en los siete cielos, aquel cantor del fuego, de las tinieblas y las penas, se torna pueril, cansa, hasta hace bostezar.

El Dante es tétrico, sombrío y en ciertos pasajes de su obra profundamente humano. Su poema es la tea brillante, apoteósica, de la Edad Media y su fulgor el halo de la teología en el pináculo de su prestigio. Ya descenderá hasta confundirse con las cosas añejas y olvidadas.

Esta parición tardía deja a la tierra otros dos siglos infecunda. Desde Homero hasta Platón, Aristóteles y Esquilo, descansó quinientos años; desde Virgilio al Dante más de mil. ¿Por qué después de tanto reposo no da a luz de nuevo cada siglo? Es que se prepara. Está grávida de mellizos. Solamente en Italia dejar caer un trío la cigüeña: primero Leonardo, después Miguel Angel, más tarde Rafael. Aún esta vez el ave ha cruzado cielos nórdicos y también algo descende en Nüremberg: Durero.

Es el Renacimiento que viene a remozar las artes. Es la mozigatería de la Edad Media, languideciendo, agonizando. Es el reinado del gótico amenazado por la resurrección de lo mejor que hubo en el arte griego y el romano. Es la desnudez en la estatuaria y en el fresco que va a invadir las plazas, los palacios y hasta los propios templos.

No demoremos más en alzar los bustos ciclópeos de Leonardo y Miguel Angel; son los colosos de Rodas hecho carne y hueso; no están como esas moles de piedra, inmóviles, uno junto al otro y

en paz; están frente a frente y peleándose, increpándose. En sus venas henchidas de sangre tibia y humana, corren agazapadas las pasiones; hay odios, envidias, afán de superación, deseos de destruirse mutuamente. ¿Para qué? Para que volvamos a repetirlo. Tu arte gigantesco, Miguel Angel, no puede echar sombras sobre el arte plácido, perfecto y hermoso de Leonardo. Sois dos semidioses de igual talla; la posteridad os venerará a ambos en un templo.

Entre da Vinci y Buonarrotti media un genio equivalente. Son distintos, opuestos diametralmente si se quiere, pero los faroles de uno y de otro, iluminan el proscenio del Renacimiento con igual intensidad.

Miguel Angel deja testigos más numerosos de su talento; a Leonardo le persigue una mala estrella; muchas de sus obras o se perdieron totalmente como la estatua del Caballo o las deteriora el tiempo como la cena de refectorio de Milán. Pero nos queda su Gioconda. Y nos queda, también, además de sus otros cuadros, sus dibujos, sus caricaturas, sus proyectos atrevidos de emular el vuelo de las aves o de descender al fondo de los mares; sus recreaciones mecánicas. ¡Divino Leonardo que retardaba su "Cena" por inventar en el intermedio una máquina para asar corderos! El ingeniero de fortalezas, el conductor de canales de regadíos, el anatomista precursor. ¡Cuántos oficios en un solo hombre y cuantas creaciones novedosas en cada uno de ellos!

Leonardo es uno de los genios más completos de la humanidad. Si su talento hubiese andado del brazo con su diligencia, no habríamos tenido tantas obras incompletas suyas. ¿Cómo hubiese sido terminado el maravilloso rostro de Cristo de la "Cena"? ¿Cuántas creaciones suyas no se habrían materializado en el mármol, en la tela, en el acero?

Miguel Angel fué más afanoso y más afortunado. Sólo no han llegado a nosotros lo que él mismo ha destruído. Y aún su "Pietá", hecha trizas a golpe de martillo, la reconstituyeron sus discípulos.

Miguel Angel, si tiene iguales, no tiene superiores. Es el genio

monumental ante cuyas obras el espíritu se pasma. ¿Qué admiramos más en él? ¿Su Moisés? ¿Sus Esclavos? ¿Lorenzo el Magnífico? ¿El Día, la Noche? Su estuataria tiene la arrogancia de contrapesar la griega. Y en sus frescos, ¿son sus profetas, sus Sibilas o los racimos de condenados los que sacuden nuestra imaginación con más tormentosa racha?

Miguel Angel al igual que Dante, siendo genios latinos tienen en sus concepciones no sé qué de nórdicas, como Goethe, siendo nórdico, tiene claridad y concisión latinas.

Ninguna expresión más acertada sobre lo grandioso de Miguel Angel que aquella de Goethe cuando aseguraba que después de admirar sus frescos en la Capilla Sixtina: "no le agradaba mirar la naturaleza porque no podía mirarla con los ojos gigantescos con que Miguel Angel la miraba".

Después de nombrar a da Vinci y Buonarroti, no queda mucho que decir de Rafael y de Durero. Sanzio excede en la pintura; tiene la gracia de Leonardo y se acerca en mucho a lo grandioso de Miguel Angel. Durero, cuya influencia en su país iguala un tanto a la de los ya nombrados en Italia, es un genio múltiple y su mayor gloria estriba en sus grabados. En un arte tan poco vistoso, juzgado como inferior a los demás, nos muestra, sin embargo, a qué profundidades descende su talento. En la estampa *La Melancolía*, *El Caballero y la Dama*, *Las Ofrendas de Amor*, y en las series "Apocalipsis", "La Pequeña y la Gran Pasión", hay un océano donde sumergirse y extraer perlas y tesoros incontables.

¿Quedó la parturienta exánime después de tanto dar a luz? Al contrario, una parición continua, se escapa como un flujo de su matriz. Una legión de artistas puebla Italia y, habiendo muerto ya tres del cuarteto mencionado, todavía hay uno que se aproxima a la centena: es Miguel Angel, cuyo genio parece resistirse a abandonar el mundo sin hallar antes en qué encarnarse. Es un Buda viviente el que se busca y tan fructífero es el afán que un año antes de la muerte del coloso, ya lanza sus primeros lloros quien ha de heredarle su grandeza: es Shakespeare, el inglés.

Y aquí tenemos a dos genios de razas distintas, que jamás se conocieron: Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra. Ambos son los genios más humanos que han existido, engendran en una misma época su obra maestra: *El Quijote* y *Hamlet*; a los dos los hermana la pobreza, una vida mediocre y, con tantas cosas afines en su vida se dan cita para morir en un mismo día.

Cervantes es el genio inconsciente. De una sátira a los libros de caballería sale una novela que rebasa los límites del género como rebasará muy pronto los de España. Este libro universal, con dos tipos humanísimos que cada hombre lleva contrapuestos en su espíritu, es fruto de una naturaleza pródiga, que sin pedir mayores apremios de alumbramiento, la echa al mundo y tan absortos pueden estar, el padre de engendrarla como la hija de nacer. Lo que no es el *Quijote*, de Cervantes, no sale Castilla; y lo que no son sus *Novelas Ejemplares* o los *Entremeses*, sólo es la curiosa permanencia de un autor que tales lauros conquistó con la fama de grande obra.

Pudo haber en España un gran genio; uno que hubiese escrito el *Don Juan*, *La Celestina* y el *Quijote*; predestinado a ello pudiera haber sido Esteban de Quevedo y Villegas. El mismo fué un don Juan; conoció sin duda los oficios de muchas Celestinas y tenía la suficiente gracia y vena humorística para trazar más de un capítulo del *Quijote*; pero le faltaba esa facultad para humanizar sus personajes sin desfigurarles en el esperpento; hay demasiada caricatura en su galería satírica y burlesca; no obstante en lo festivo y en lo serio, en prosa y verso, se nos muestra como uno de los mayores y más completos talentos españoles.

Y nombremos a otro que tiene el linaje esclarecido como para tender su diestra al viejo Homero; que puede tutear al Dante y no es en balde el heredero de un grandioso Miguel Angel; está dibujado el perfil y el cuerpo entero de Guillermo Shakespeare.

Si hay un brillante que pueda mostrar mayor número de facetas luminosas, éste uno de los buenos. Su fauna humana es tan diversa como numerosa. Hay caracteres nobilísimos y abyectos; sus personajes suben al más alto grado de bondad o se precipitan en los

fondos más oscuros del mal y la miseria. Lo trágico y dramático alternan con lo humorístico y sarcástico. Las pasiones todas encuentran en él al eximio pintor cuya hábil mano; espátula y pincel, lápiz y buril, maneja con dominio innegable. Aquí sí hay un Rembrandt y un Rubens; un Miguel Angel y un Leonardo; un Rafael, un Ticiano y un Velázquez; lo que en lo pictórico, la factura y el colorido, necesitan una docena de cultores, Shakespeare en lo literario, los reúne en un solo espíritu y un solo corazón.

El edificio shakesperiano, macizo, armonioso, con sus distribuciones interiores hechas con sabia arquitectura, tiene también una fachada llena de bellos ornamentos. Y ¿sus materiales? Hay de todo y siempre de valía y hermosura; mármol, oro, cristal, gemas de diversidad de clase y colores. Sacadle una nave de su templo; echadle abajo una de sus torres de marfil. ¿Quedarán el palacio en ruinas? Quitad al Dante su *Divina Comedia* y dejadle el *Convivio* y otras de sus obras; hurtad a Cervantes el *Quijote*; esconded el *Fausto*, de Goethe; miradles después y decir ¿son ya tan gigantescos? Robad a Shakespeare el *Hamlet* o lo que os guste de sus dramas. ¿En cuánto disminuisteis su grandeza? ¿No está *Hamlet*? Pues bien, no importa; está *Otelo*, *Macbeth*, el *Rey Lear*; está *Romeo y Julieta*, el *Mercader de Venecia* y *La Tempestad*.

¡Las creaciones shakesperianas! ¿Cuál es la más bella, la más perfecta, la más universal? A veces *Hamlet* parece llevarse la palma, pero ahí está *Otelo* más perfecto y coordinado, el *Rey Lear* más patético, *Macbeth* más trágico y más tenso. También compiten sus comedias: el *Mercader de Venecia* con su Sbylock que sintetiza en sí toda una raza y ¿qué decir de aquella pareja donde el contraste es la asombrosa técnica que nos lleva, con igual facilidad a la espuma de lo espiritual y hermoso o al ciénago de la monstruosidad y la inmundicia: Ariel y Calibán?

¿Con cuántas almas nos pone Shakespeare en contacto y por cuantos mundos nos hace caminar? Los castillos tétricos de Elsinor y de Escocia, con *Hamlet*, sombra de sí mismo y aquella cópula de tigres, los esposos *Macbeth*, donde no se sabe si es más sanguina-

rio el macho o la tigresa. El escampado, donde la tempestad del viento y de la lluvia, es el remedo de la tempestad que sacude de dolor el corazón y el espíritu del rey Lear. El paisaje pastoral, escenario para que Rosalinda rinda tributo a la amistad y se embriague en el amor. El mundo feérico, lleno de ensalmos, visiones y extrañas metamorfosis de *El Sueño de una Noche de Verano*. La isla maravillosa, proscenio de un sueño raro y exquisito, en que se desarrolla la acción de *La Tempestad*.

¿Y sus heroínas? Hay un grupo encantador. Ofelia, Cordelia, Desdémona y Miranda. Traviesa, juvenil, apasionada, simbolizando a todas las jóvenes enamoradas de la tierra, está Julieta. Ofelia es vaga, poética, sin mancha. Cordelia y Desdémona sublimes. Miranda apacible joya perdida en el océano, expuesta al bestial antojo de un Calibán y vigilada por Ariel. ¿Las demás? Porcia, Rosalinda, Catalina o lady Macbeth, Cleopatra, Gonerila, Rejania, Angeles y demonios a escoger.

En ningún otro autor pueden engarzarse más perlas que en los diálogos de Shakespeare. Hay tiradas íntegras donde cada frase es un bello y hondo pensamiento. Y luego ese broche de oro con que suele cerrar alguna escena. Aquella frase del médico al mirar a lady Macbeth, sonámbulas después del crimen: "Actos contra naturaleza engendran perturbaciones contra naturaleza", nos parece de una condición tan sabia que condensa en ella la verdad de la trama, intuída por un observador ignorante hasta entonces de lo sucedido.

Iniciemos otro párrafo y cerremos con él lo referente a Shakespeare, repitiendo a dúo con Hugo que es un honor para la tierra haberlo llevado en las entrañas.

Descansa la tierra entre un siglo y siglo y medio y nos da por fin los tres grandes genios contemporáneos si así pudiésemos llamar a Goethe, Napoleón y Beethoven. Nacen en un trascurso de tiempo poco superior a los veinte años y mueren en uno más breve de seis. El capitán y el músico superan en lo que genio puro se refiere, al poeta, pero éste tiene sobre ellos el privilegio de una in-

teligencia ordenada, un sentido de la crítica y de las proporciones de que uno y otro, Napoleón, sobre todo, carecieron o no siempre hicieron uso de ello. Goethe pudo, de haber sido guerrero, comandar la batalla de Austerlitz, mas no fuera capaz de la brillante campaña de Italia ni arriesgara su estrella en Marengo o menos se enredara en los asuntos internos de España; tampoco emprendiera la marcha hacia una Rusia inmensa, invernal e inhóspita. Goethe es el ingenio, el talento, el tacto y la armonía en equilibrio perfecto nunca desmentido. Tiene una vida que le acompaña siempre con el regalo, la abundancia y el reconocimiento a su mérito; él se pasea por este anfiteatro maravilloso, inmutable como un dios antiguo, acostumbrado de suyo a las excelencias de su Olimpo. No hubo un rey más digno de su rango, de su trono y de su cetro. Estableció su sede en Weimar, pero, ya en vida, imperó sobre el arte literario de Europa. Más tarde, desde sus cenizas venerables, extendería su imperio al universo y sería el profeta anunciador y creador del hombre moderno. Nunca he justificado que se pretenda mostrar a su Clavijo como el precursor del Superhombre de Nietzsche. El Superhombre, digámoslo de una vez, está modelado con definitiva traza en Fausto. Nietzsche le dió el acento arrebatado del genio con alma atormentada y cerebro enloquecido; Goethe, en su parsimonia griega, arquitecto de Partenones y no de catedrales del medioevo, cuando agotó lo humano y comprensible en su poema, se refugió en lo alegórico y divino; fué oscuro, pero nunca disonante. Este hombre de genio tenía asimismo gran dosis de paciencia. A un primer *Fausto*, mantuvo sesenta años su pensamiento lucubrando otro segundo. Si la primera parte parecía ya completa, miran como el hombre extraordinario le hizo un añadido. ¿Pretendió con ello asegurar de un modo inconmovible su propia aseveración: "El *Fausto* es un tema inconmensurable y vanos serán cuantos esfuerzos haga el ingenio para comprenderlo bien". Si el primer *Fausto* es maestro, humano y ordenado, ¿no tiene el segundo un millar de nuevas sugerencias? ¿No hay una sola capaz de devanar los sesos de dos generaciones? ¿Qué pensáis de aquello del "Eterno Femenino"?

Hay quienes miran en Goethe un genio latino; en realidad su claridad y concisión en el estilo son propias de un poeta mediterráneo: italiano, galo o español, pero sus concepciones son exclusivamente de índole germánica. Amamantado en Shakespeare, su obra no tiene la moralidad del genio inglés. Es demoníaco; su filosofía está más allá del bien y del mal (la principal característica nietzscheana). Werther recurriendo al suicidio; Fausto y Mefistófeles perdiendo a Margarita, el tema de *Las Afinidades Electivas*, todo es un desprecio de la moral de la sociedad cristiana hasta ese tiempo. ¿No comienza con Goethe el desplazamiento de los valores morales de cuya ausencia tanto se quejan los reaccionarios del presente? ¿Qué extraño en este enorme precursor del hombre de la edad contemporánea! ¿Acaso el segundo *Fausto* no es también la incubadora del arte deshumanizado? Y lo cerebral ¿no se inicia quizás con él? Hago la salvedad que en este genio, cerebro y espíritu laboraban en armonía no igualada; aspirando los perfumes de la Grecia pretérita o encaminándose a Italia a admirar las ruinas de Roma o las pinturas y estatuas del Renacimiento, sus digresiones cerebrales tenían un buen acopio de sentimentalismo y pasión a que mezclarse.

Llegamos por fin al hombre cuya vida es el espectáculo más maravilloso y formidable adonde el genio y la buena estrella pueden elevarle. Napoleón Bonaparte, el corso, que de una isla salta y conquista un continente y en su primer ocaso, este grandioso sol tuvo los atardeceres antes de apagarse, le confinan a otra isla para regresar de ella y tener otros cien días de imperio y poderío hasta en definitiva clausura ir a enfriarse de su fuego, en Santa Elena.

“Destruyó las armonías de la naturaleza”, afirma Reclus. ¿Destruía por destruir o destruía por rehacer a su antojo? ¿Era un carnicero genial o pensó alguna vez en la Europa unificada? Tantos detractores tuvo y tiene; tanto panegiristas están frente a los nombrados que se pierde uno en conjeturas y la duda subsiste para siempre. Si Fausto es el superhombre literario, el destino reservó a éste el ser el real, de carne y hueso. Impertérrito a sus ejércitos diezmados, cruzó la Europa de uno a otro costado; conoce los arenales y

las pirámides de Egipto; coquetea con Mahoma y aprisiona a un Papa; repudia a una viuda, muchas veces infiel a sus amores, después de haberla hecho emperatriz y se regodea, escogiendo entre las hijas de dos emperadores: Austria y Rusia; los reyes eran una "mesalliance" para él. ¿Qué deseaba? ¿A dónde iba?

Discutamos el genio de un Alejandro o el de un César; inclinémonos ante el de Napoleón; la grafología se resiste a analizar su letra por el exceso de genio que denota. Inventa nuevas tácticas, tan fundamentalmente opuestas a las en uso que los viejos generales ríen del mozalbete que pelea en contra de la técnica; los viejos se ríen y él los vence en aquella fantasmagórica campaña de Italia. Es la juventud, rememora a Alejandro, que va con legiones de *sans-culottes* mal vestidos, hambrientos, pero armados y con una regularidad matemática y pasmosa, ejecuta en el terreno un programa que señaló de antemano en los papeles. ¿Ha sido más talentoso y afortunado Bonaparte que esta vez? Más clásico es en Austerlitz, más arrollador en Jena, Arestadt y Eylau, más precavido en Wagram, pero lo coordinado, lo abismante y lo triunfal, nunca en otra parte como aquí.

Si el paseo de Goethe por su anfiteatro necesita luz, belleza y armonía, el paseo de Napoleón necesita púrpura de sangre. Cuando pudiera estar en paz busca la rencilla, cuando deseara el sosiego, Inglaterra le azuza otros imperios. En la modorra el matador engruesa, enferma; cinco días de jornada a galope de caballo no le cansan, queman su grasa, atézanle el rostro. La tranquilidad le hastía, echa a rodar su estrella como una moneda de valor ínfimo y está a punto de apagarla en la batalla de Marengo; extrema su genio, desea preservarla, mantenerla y la ciega para siempre en Waterloo.

Es en España donde empiezan a aflojarse sus amarras, pero este genio matemático pierde el sentido de las proporciones en su campaña hacia Moscú. Lleva un poderoso ejército y puede vencer los hombres que le oponen; no podrá vencer a la naturaleza. Yendo hacia Rusia, el curso se desconcentra, se debilita, alejándose de la órbita en cuyos límites puede moverse y vencer con su poten-

cia. El debió haber repelido a una Moscovia atacante, no haber atacado a un imperio que le resistía bien poco con sus hombres, pero demasiado con sus distancias y su nieve. ¿Perdía el tacto de los números o era su ambición desenfrenada que hacía olvidararlo? ¿O era su estrella palidescente después de tantos días y noches fulgurantes?

Este hombre necesitaba ser vencido para que el espectáculo de su vivir fuese más grandioso. Un Napoleón muerto en las Tullerías, en el lecho, no golpearía las imaginaciones como las golpea un Napoleón prisionero de los ingleses en el Belerofonte y muerto después en Santa Elena. A los reyes que mueren en el trono se les entierra con los compases vulgares de música de iglesia. Beethoven, despedazando la partitura de su Tercera Sinfonía en un raptó de ira al ver su héroe convertido en ambicioso e intercalando en cambio la marcha fúnebre, hacía sin saberlo el acompañamiento del tirano, del gran guerrero caído de su pedestal hacia el destierro. Y para su muerte, lejos de Francia, despojado del poder, mas no de su gloria: la otra marcha fúnebre para piano de su Sonata 26.

Napoleón es el triunfo del hombre sobre las ideas imperantes; echa abajo los reyes pero también entierra los postulados otrora imponentes para él mismo de la Revolución Francesa. Es un genio, triunfador en las batallas guerreras y políticas, el que le atrae partidarios y detiénele enemigos. La suerte de Francia y de su imperio estaba a merced de su persona y era irremplazable en su papel de guardián y defensor de cuanto había conquistado con su espada. Con él murió un talento exorbitado, un político al parecer, de vastos alcances y planes no alcanzados y uno de los mayores matances de la historia. Admiramos su genio, quedemos estupefactos ante su grandeza, pero no deseemos que, como un fénix, renazca de sus cenizas turbulentas...

Y, no por ser el último nacido ni el último nombrado, Beethoven, es el que menos vale de los tres. Aún pudiéramos decir que, obligados a colocar el nombre de uno a comienzos de la lista, no pudiéramos prescindir del suyo. El genio de Bonn, como Shakespeare y

Miguel Angel, no tiene superiores. También la grafología tuerce su museo, gasta su acicate y ante su escritura retrocede como pagano en templo de Dios ya consagrado. El genio del músico sobrepasa la naturaleza ordinaria y entra en el sitio de lo inconmensurable.

Es este un mar, de continuo tempestuoso, donde las pasiones, la desesperanza y el dolor, las expresa el ritmo y el sonido; un ritmo y un sonido acomodados en el pentagrama por un semidiós o emperador de lo sinfónico.

Este gigante de la música, plasma en su armonía lo colosal de un Miguel Angel estatuario, lo tétrico de un Dante en el infierno, lo pasional y trágico del Shakespeare de sus mejores dramas. También es maestro en el claroscuro musical y suele aclarar el colorido hasta ponerse a tono con el pincel luminoso de un Rubens.

Genio de la sinfonía, apenas prescinde de ella en sus cuartetos o sonatas. ¿No tiene su Cuarteto en Fa Mayor algo macizo, fuerte y vigoroso que hace pensar en lo sinfónico? ¿Y la Apasionata, la 26, la 101, la Patética? Maestro en sus conciertos para piano y orquesta o para violín, piano o cello, ¿qué puede admirarse más en ellos? ¿La justeza en cómo los solistas integran el conjunto o el preciso tiempo en que interviene el uno y cede el otro, sin que este cambio de combates parezca deslucido y ni la orquesta ahogue a los instrumentos aislados ni éstos pretenden igualarse o superar a aquélla?

Sus nueve sinfonías forman un castillo propio a desafiar los ruidos del océano en sus noches tempestuosas y capaces de emular también los vientos pausados y aromáticos del campo y la montaña. Entre las nueve, siendo todas bellas y grandiosas, las de numeración impar parecen ahogar a las restantes. Si la Segunda Sinfonía no tiene como la Primera tanta influencia mozartiana, ¿no está entre ésta y la Tercera? Ya la Tercera es suficiente para apabullar a la Segunda y empequeñecer un tanto a la Cuarta. Por lo demás a ésta le hace sombra la Quinta soberbia y magistral e igual suerte sufre la Sexta entre ésta y la Séptima. La Octava, siendo un prodigio mu-

sical, tiene la proximidad de la Novena; estruendosa, epopéyica a cuya vecindad sólo le es dable aproximarse, sin menoscabo de clase a la Quinta mencionada.

Escuchando a un Beethoven músico, se despeña un Wagner literato, le reverencia un Schubert, sigue sus tradiciones un Brahms y más tarde alienta y engrandece su inspiración un César Franck.

Beethoven ha logrado lo que difícilmente otro lograra en lugar suyo; este coloso de la música compuso sus más grandiosas obras en un estado de sordera que avanzaba con el tiempo. ¿Podría existir tragedia más grande para él? Es como un Miguel Angel frente al mármol con dos muñones en sus brazos o en los andamios de la Capilla Sixtina con sus órbitas vacías. Y no obstante; ahí está su Novena Sinfonía, el hito terminal del acorde armónico y grandioso, testigo para las admiraciones venideras. Ahí está coronando una vida dramática, difícil y austera. ¿Qué hace el titán? ¿Llora? Debió llorar con estruendos de tormenta, mas oídle, encantaos con el himno sonoro, pleno y regocijante: el Himno a la Alegría. ¿No se conmueve el alma hasta prorrumpir en sollozos ahogados, sollozos que estremezcan las fibras más ocultas de nuestro corazón ante ejemplo tan sublime? Es que Beethoven, como Shakespeare, tenía un fondo sensitivo moral y religioso. Goethe muere pidiendo "luz más luz". ¿Qué otra cosa podía pedir él para quién fué todo agrado, homenaje, vida fácil? Pero ¿imagináis a este gigante, caminando entre escollos, mortificando sus carnes con cilicios, perdiendo el único placer que podía su existencia depararle, un oído perfecto, y en la cúspide de esta montaña de sacrificio y de penares, entonar en la más grandiosa concepción del ritmo y del sonido, un canto lleno, sonoro, multiforme, a lo único que el destino siempre le negó, la alegría?

Deseos dan de pedir lo que poco antes de morir expresaba Elmir Bourges: "solicitar al Padre Eterno su permiso para besar los pies de Miguel Angel", pero esta vez para besarlos al que en su Gólgota sombrío, en vez de clamar: ¿Por qué me abandonas, padre? lanza una melodía de gozo y regocijo.

Después de esta parición fecunda, pero inarmónica en produc-

tos, ¿desea la tierra abrir de nuevo su matriz? Parecía haberla abierta para uno que tiene más de una cualidad de hermanar a los nombrado: Víctor Hugo. Pero este poeta maravilloso, donde la inspiración tiene proyecciones dilatadas y magníficas, carecía del sentido humano de las cosas. Fuera de sus versos, en sus novelas y dramas, es falso. Si juntáramos un Hugo y un Balzac, mostráramos al mundo un genio comparable sólo a Shakespeare.

La época de los genios inmensos no está muy lejana; los siglos son meses en la historia. ¿Está la tierra grávida de alguno? ¿Hay alguien que se escape? ¿Quién fuera de Hugo es genial en estos tiempos últimos? ¿Goya? ¿Wagner? ¿Nietzsche?

Hemos resumido en páginas lo que bien explayado en comentarios, ocupara dos volúmenes. Son impresiones personales, ni eruditas ni perfectas. El análisis de cada uno de estos grandes hombres supone un trabajo meditado, un estudio concienzudo, un acopio de datos y de ideas nutrido, extenso y acucioso. Nos sorprendió siempre constatar cómo, aparte de un Homero o un Dante solitarios, estas lumbreras de la humanidad, agitaban la llama de su fuego en vecindad, antagonismos o camaradería sorprendentes. Sócrates, Platón, Aristóteles, Alejandro, maestros y discípulos donde no se sabía si aplaudir al educando o venerar al profesor. Leonardo y Miguel Angel enardecidos en una competencia, sereno el uno, el otro apasionado, para dar con ella el relieve, el vigor, la sangre renovada de que el Renacimiento, en el esplendor de su mañana, necesita. Shakespeare y Cervantes, dos razas, lenguas diferentes, un sentido humano y veraz en cada uno, gestaciones afines y una cronología que sella su hermanaje de la vida en una cita común para la muerte. Y al fin, un guerrero, un músico, un poeta: Beethoven, Napoleón, Goethe, destruyendo naciones, reformando conceptos, martirizando los pocos signos del pentagrama para elevar himnos humanos hacia las alturas celestiales.

Bajemos la cabeza reverentes y dejemos de mirar esta vía láctea, tachonada de estrellas como los gruesos brillantes de una diadema, para valorizar en el silencio, la excelsitud y grandeza de estos cíclopes humanos.